

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 16 DE OCTUBRE DE 1921

NÚM. 19.564



ESTAMPA ANTIGUA: EL BEBEDOR SILESIANO.—DIBUJO ORIGINAL DE E. BRÁÑEZ.

Ayuntamiento de Madrid

EL CENTENARIO DE DANTE

O degli altri poeti onore e lume.
Vaghiami il lungo studio e il grande amore
che m'ha fatto cercar lo tuo volume.

(DANTE. *Inferno*, Canto I.)

Con ocasión del VI Centenario de su muerte—21 septiembre 1321—en todas las naciones se ha honrado al poeta de Beatriz. España nada ha hecho, que sepamos. Más que un estigma, este olvido es una tristeza...

La admiración del mundo culto por Dante se cifra en las 635 ediciones registradas en vísperas del Centenario. La copiosa lista de anotadores, filólogos, comentaristas, antologistas, iconógrafos del poeta, llena cumplidamente varios volúmenes. En la *Enciclopedia Dantesca*, de Scartazini, cuyos dos abultados tomos suman cerca de 4.000 páginas, se reúne «quanto concerne la vita e le opere de Dante Alighieri». En la curiosa y laboriosa selección *Poesie de mille autori intorno a Dante Alighieri*, hecha por Dei Balzo, en quince volúmenes, los mejores ingenios de todos los tiempos y países, a partir del siglo XIV, se conciertan en alabanzas al Altísimo Poeta.

La admiración de Italia por su Emperador literario se mantiene viva, ferviente y altanera. En todas las ciudades, en muchos pueblos, hasta en aldeas modestísimas, funcionan Sociedades Dante Alighieri, cuyo número pasa de 300. Algunas, como las «Lectura Dantis»—Roma, Florencia, Génova, Cagliari, Città di Castello—, congregan numerosos públicos en la lectura y comentario, canto por canto, capítulo a capítulo, de la *Divina Comedia*.

Ediciones como la de Conrado Ricci, impresa en Milán, con más de 300 dibujos de Miguel Ángel, Rafael, Zuccari y Vasari; como la de Clivio, con cuadros miniados asombrosamente; como la de Razzolini, con caracteres góticos del 400, miniaturas en tricornia y oro, frontis miniados y encuadernación en pergamino; como la de Alinari, en tres lujosos volúmenes, cueros ricamente trabajados y encuadernaciones espléndidas, honran el culto literario de un pueblo.

Los ejércitos de monografías renuévanse incesantemente. Dante político, teólogo, historiador, cosmógrafo, diplomático, gramático, filólogo, moralista. Dante y la pintura. Dante y la música. Dante y Virgilio. Dante y Petrarca. Dante y Boccaccio. Dante y Toscana. Dante y Piemonte. Dante y Nápoles. Dante y Sicilia. Y ya que no sombreros, corbatas, zapatos Dante—porque sería resucitar la indumentaria del siglo XIV—, aperitivo, vino, licor Dante y hasta jabón Dante. Es decir, la nación entera, de arriba abajo, desde las Academias a las barberías, enalteciendo de mil modos el genio patrio...

La vida de Dante Alighieri es como una anticipación del Renacimiento. Precursor de los hombres-selvas, de los hombres-conjuntos, en quienes son cerebro y brazo, como padre e hijo de acordes, es también una conjunción de pensamiento y fuerza, de pluma y espada. El arte, la política, las batallas, se lo disputan a la galantería y al amor. Diríase un océano sereno en el recogimiento del estudio y tempestuoso en las calles, en las plazas, en las juntas, en los campamentos.

Goza la popularidad del Priorato, su prema investidura política, y afronta el destierro, suprema injuria popular. Pre-

cede a Maquiavelo en su visión de la unidad nacional, en su magnífico desdén por la demagogia, y a Savonarola en su apostolado austero contra los Papas, los príncipes y las ciudades corrompidas. Antes que Maquiavelo sufre la ingratitude de pueblos y príncipes, siendo expulsado de su patria. Y antes que Savonarola conoce las intrigas del clero, siendo condenado a la pira. Es, como entrambos y antes que ellos, un florentino lapidado por Florencia.

¿Cómo ha de sorprender que escriba luego en *Il Convivio* («El Convite»): «No quiero tener de florentino mas que el aire y el sol.»

Noble de cuna, largo en bienes, queda huérfano desde bien niño. Su discípulo más afecto—Juan Boccaccio—atribuye a tan temprana orfandad el carácter sombrío, taciturno, rencoroso, que le distinguió siempre, y que le hace escribir como divisa de su alma:

«—La venganza, amén de un placer, es un deber...»

He aquí cómo se explican suficientemente sus actitudes en la guerra civil. Brilla la adolescencia del Alighieri como un diamante entre dos gemas. Practica en el Virgilio abierto con Brunetto Latino, y cruza la Puerta Romana a caballo, con Pedro Ambrosio, maestro de equitación y esgrima. Es guelfo, defensor del Papa por tradiciones familiares y espíritu propio. Lo prueba exponiendo su vida en la batalla de Campaldino, donde los gibelinos son derrotados y huyen. ¿Cómo pagan los guelfos el sacrificio? Pretiriéndolo, excluyéndolo, desdénándolo. Carácter tan robusto no soporta tamaño agravio. Dante abandona a los papistas y se pasa a los imperiales. El desdénado guelfo se trueca en gibelino mimado, rifado, llevado por doquiera en palmas. Nombrado embajador de Florencia, recorre varias Cortes, maravillando en todas por su genio. Ya está casado, tiene hijos, acrece en fama y gravedad. La ciudad, en plebiscito de artesanos, le otorga investidura de prior. Es uno de los seis magistrados soberanos. Ríge, gobierna, manda.

De repente, Pandora abre su caja, desatando males contra él. Su espíritu patriótico, su carácter indomitable, su amor a la justicia, esté donde estuviere, sea plebeya o noble; sus diarias públicas predicas contra la corrupción del pue-

blo y del papado, extiende su línea de combate. Ya tiene muy pocos amigos. Casi todos, patricios como demagogos, se vuelven contra él, porque él censura al demagogo por bestia y soez, y al patricio por tiranuelo y crapuloso. De este modo le acechan con la traición y la calumnia. Es árbitro en las disputas de Pistoya, entre «blancos» y «negros». Falla contra los «negros» que intrigan con el Papa contra Dante. El Papa—aquella sombra miserable condenada perpetuamente a los infiernos, con Simón el Mago—se echa en brazos de los franceses, abandona a Dante, y un día Carlos de Valois entra en Florencia con sus tropas de foragidos, saqueadores, incendiarios...

Dante se hallaba en Roma. Pero su mujer, Gemma Donati, sus pequeñuelos, sus servidores, su palacio, son ultrajados por la soldadesca. El prior Alighieri es depuesto, expoliado, desterrado. Dante no volverá más a Florencia. Como Aristides a los atenienses y Escipión a los romanos, Dante escupe a los florentinos este desdén supremo:

«—Sólo quiero tener de Florencia el aire y el sol.»

Y al través de los siglos hemos visto, aun no hace tres semanas, cómo Florencia, ha repetido a la faz del mundo sus gritos de remordimiento, impetrando de Ravena las cenizas del Desterrado...

El Destierro forjó en su yunque aquel genio de hierro y llamas, caldeó inmortalmente aquella fragua de tristezas angustiosas y de cóleras infinitas.

«Arrojado de mi patria—escribe él mismo en *Il Convivio* («El Convite») —he ido errante y casi mendigando por todos los países de mi lengua, mostrando, contra mi voluntad, las llagas de la fortuna y oyendo que me las echaban en el rostro.

Iba lo mismo que un navío sin velas ni timón, impulsado, de puerto en puerto y de playa en playa, por ese árido viento que exhala la pobreza.»

Fué así, durante años y años, de Florencia a Siena, de Siena a Arezzo, de Arezzo a Padua, de Padua a Verona, de Verona a Ravena. Fué reprimiendo su altivez, sus iras, sus violencias. Fué humillando al diario su alcurnia de patricio, su majestad de genio.

Pocos esclarecidos varones le dieron

mano y hospitalidad. Tales Da Gubbio, Malespina, los Escaligeros, Guido de Polenta, señor de Ravena, padre de Francesca de Rimini. Mas el destierro le iba consumiendo, como la llama el cirio. Menudo, flaco, taciturno, los ojos sombríos, ganchuda la nariz y sumida la boca, enflaquecía más de cólera que de dolor. Separado de su mujer y de sus hijos afrentado, pobre, bebió la hiel del más terrible de los dolores. Aquel dolor que había luego de immortalizar con sólo el corazón y mover la pluma:

... Nessun maggior dolore
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria...

¿Cómo no había de evocar a cada instante sus días de oro, tan fulminantemente acabados? ¿Sus hijos, su mujer, su palacio, sus servidores, exparidos aquí y allá, como las hojas por el viento? ¿Cómo no había de afrentarle el calvario de subir la escalera del poderoso, la infinita tristeza de recurrir al pan ajeno?

Tu provarai si coce sa di sale
lo pane altrui, e come e duro calle
lo scendere e'l salir per l'altrui scale...

El destierro fué en Dante como la lavadura de este pan, amasado en cóleras reprimidas, mucho más amargo que el amasado en lágrimas. Así, cuando su edad apenas alcanzaba los cincuenta y seis años, dejó esta vida el Poeta más grande de la Humanidad...

«En ninguno de cuantos poetas han existido—afirma el diáfano y sutil Macaulay—se ven unidas la naturaleza moral y la intelectual de modo tan estrecho e íntimo como en Dante. Nadie realizó como él la difícil tarea de pintar seres sobrenaturales en forma tan clara y tan conforme a las ideas que tenemos de ellos.»

Pero el sol de Dante es Beatriz. Eje de su vida y de su obra, la hija de Fulques Portinari es la cándida aurora de esta noche, principio y fin de este poema:

Io son Beatrice, che ti faccio andare.
Vegno di loco ove tornar disio.
Amor mi mosse, che mi fa parlare...

Juan Boccaccio, en la *Vida* de su maestro Dante, cuenta que «a los ocho años era Beatriz graciosa, amable y noble en sus modales y se expresaba con más juicio que lo que su edad permitía. Dante tenía nueve cuando la vió. Desde entonces hasta su muerte este amor, más que la vida, es la conciencia de Alighieri. Beatriz, enamorada de un Bardi, se casa, muriendo poco tiempo después. Dante, moviendo en su dolor al planeta, avisa la cruel pérdida a todos los reyes y príncipes. La ingenuidad de su ternura parece, más que de un enamorado, de una madre.

Este amor humano asciende a divino. Como en el sueño de Jacob, una doble escala de ángeles viene y va desde el Paraíso a la Tierra. «Por una confusión semejante a la que se produce en los sueños, le aconteció a veces olvidar la naturaleza humana de Beatriz, ni que hubiese existido, para considerarla únicamente como atributo de Dios.»

Estas palabras de Macaulay nos revelan todo el enigma. Beatriz, más que la Teología humanizada, es la Mujer divinizada. Esencia, presencia, potencia femeninas, son nuevos atributos que alaban la grandeza de Dios por los siglos de los siglos, amén.

Crístóbal de CASTRO

POEMAS MÍNIMOS

Idilio.

Alma:
te he visto en los balcones de sus ojos,
y he tendido mi escala.

Alma:
yo llegaré hasta ti, como en Verona
llegó el audaz Montesco hasta su amada.

Pero nosotros, alma,
—más felices—no oiremos
el canto de la alondra en la mañana.

La música.

En la selva sonora,
se levanta con trémulo aleteo
la lírica bandada de las notas.

Se morirán de frío
—ruiseñores errantes—si no encuentran
un corazón en donde hacer su nido.

La noche.

Entre las cuatro lóbregas
paredes de mi estancia,
como un pájaro negro,
la Noche está enjaulada...

Para que tienda el vuelo,
abriré la ventana...

Siempre...

... Y tenso el arco, lanzaré mi flecha
a la estrella más alta.
No llegará, tal vez; pero no importa:
llena tengo mi aljaba...

Tenderé el arco, y lanzaré otra flecha
a la estrella más alta...

Enrique RUIZ DE LA SERNA

LA FECUNDA VEJEZ UN JOVEN DE OCHENTA AÑOS: CLEMENCEAU.

No hace mucho, se lamentaba Cajal, en una página admirable, de la incapacidad para el trabajo que los muchos años acarrearán. ¡Dolorosa vejez la de los sabios—venía a decir el altísimo maestro—a quienes la edad priva de los placeres del estudio y la investigación! Siglos antes, una lamentación paralela, queja amarga contra los daños del tiempo a los leales amadores, había sido escrita por Corneille, cuando ya su rostro tenía «quelques traits un peu vieux». Pues la vejez de Don Juan y de los amantes antiplatónicos ¿cuántos dramas y poemas no ha inspirado, hasta los bien recientes de Rostand, Regnier y Bataille? La pérdida del divino tesoro aflige por igual a todos los hombres, estudiosos, enamorados y «juerguistas». Unicamente a los políticos es favorable la ancianidad. Los hombres públicos son, cuanto más viejos, más gloriosos.

¿Cuál es la causa de este privilegio? ¿Por qué los que rigen el mundo escapan a la común sentencia: «Multa senem circumveniunt incommoda»? Una razón histórica se nos ofrece, bastante, al parecer, para explicar el curioso hecho. La gobernación de la comunidad, efectivamente, viene confiada, de antiguo, a los patriarcas, a los mayores, al «senado». Ser viejo ha sido siempre un mérito en la República. Además, en la política, como en la guerra, la estimación no acompaña al valer, sino al buen éxito. Más aprovecha ser afortunado que eminente. ¿Acertará acaso el joven, que no sea «Azorin», a vestirse la piel de la vulpeja? ¿No son la maña, la astucia, la sagacidad y cierta dureza de corazón—garantías del triunfo político—las cualidades que acompañan al declinar? A Maquiavelo le comprenden los «seniores» mejor que los mozos. Por algo la juventud es la hora del arte y del amor. La política pide hombres senescentes.

¿Cómo podrá entonces sorprendernos el caso prodigioso de Clemenceau? El gran gobernante es un ejemplo único, en apoyo de cuanto acabamos de escribir. Una biografía del popular ex presidente podría llevar como título: «La vejez triunfante». Ni un sólo rasgo de precocidad se leería en ella. Clemenceau empieza a escribir a los cuarenta años. A los sesenta y cinco es ministro por primera vez. Más tarde, Francia, agobiada, acude a él como a su salvador, en el instante más crítico de la guerra. Ya ha cumplido setenta y seis años el «homo missus a Deo», el solitario de la rue Franklin, el temible luchador que un día memorable respondió a quienes le reprochaban no haberse creado un partido: «¡Si vieran ustedes qué fuerte se es cuando se está solo!» No menos vigorosa que esta frase a lo Ibsen, fué su vibrante «repartie» en una asamblea: «Es verdad que me creo invencible, y lo seré mientras tenga razón y pueda defenderme con la espada o con la pluma.»

¿No ha de serlo el indómito luchador que, a los cuarenta y cuatro años, al verse derrotado en su propio distrito, es capaz de improvisarse periodista y fundar un diario, pronto popularísimo, como tribuna con que sustituir la pérdida en el Parlamento? Gran orador había sido hasta entonces el polemista. Precisó fué cambiar de armas, en edad poco favorable a las innovaciones. Sus mejores amigos temían el resultado de la prueba. ¿No fracasaría Clemenceau en

su nuevo oficio? Pronto supieron a qué atenerse. Levantado a las tres, de noche aun, Clemenceau recogía las galeradas que un chico de la imprenta había echado por debajo de la puerta, conteniendo las últimas noticias. Cuatro horas después llegaba a la Redacción uno de aquellos artículos formidables que colocaron a *La Justicia* en la vanguardia de la Prensa parisiense. Clemenceau quedaba consagrado escritor.

Más de quince lustros, como digo, cuenta el verde y ágil senador cuando su patria le entrega el supremo poder. Cómo dirigió la guerra y condujo las negociaciones de paz, bien sabido es de todos. En cuatro años el *Tigre* ha conocido la gloria del laurel, y su amargura. La misma multitud que ensalzaba al

saciones no le ha hecho víctima? A raíz del armisticio Francia entera se tendió a sus pies. No hubo ciudad ni «patelin» que no diese a una calle, una plaza o una avenida el

nombre del vencedor. Sus paisanos se distinguieron, como era lógico, en el culto al poderoso ministro. Por eso, sin duda, y además en compensación de otros desvíos, los fieles vandeos le han erigido una estatua en la plaza de Sainte-Hermine. El propio homenajeado presidia la ceremonia, y en un discurso muy sentido expuso lo que significaba aquel monumento al

«hombre de la faz cuadrada», rodeado de los bravos *poilus*.

Cuatro días antes de la inauguración, el doctor Clemenceau—no es conveniente recordar su carrera, ya que tanto co-

excelente periodista a quien no hace mucho tuve ocasión de conocer, se presentó en su retiro de Bel-Ebat, con objeto de «dar los días» al viejo gobernante. El *Tigre* recibió a Mr. Wythe Williams con los brazos abiertos; le enseñó «sus dominios» y le albergó en su humilde residencia. Una condición impuso a la visita: la de no servir de pretexto a una entrevista.

Se levanta la casa que habita Clemenceau junto a la costa salvaje del golfo de Vizcaya, a dos horas de Mouilleron-en-Pareds, donde el *Tigre* nació el 28 de septiembre de 1841, «entre las negras dunas y el mar gris». Acompañan al estadista su hermana, cinco años más joven que él, y a quien no se puede contradecir en nada; Clotilde, la cocinera; el ayuda de cámara, otra sirviente y el perro *Bif*, «a stupid animal-English dog», según su dueño. Las habitaciones se hallan decoradas con gran sencillez. Sobre la mesa del comedor se ve un tigre de bronce, rico presente enviado desde el Japón. En la playa ondea otro regalo del Mikado: un pendón de raso, y en él bordadas tres carpas gigantes saltando sobre las olas (símbolo de la fuerza en el Imperio del Sol Naciente). Por cierto que, según Clemenceau, los vecinos del pueblo interpretan a su modo el significado del estandarte japonés. «Se figuran que lo he colocado ahí para dar a entender mi propósito de no interrumpir el silencio que me he impuesto, para indicar que me propongo seguir mudo como un pez.»

No han traído la edad ni los honores ningún alivio a la intensa labor del estadista.

Como de costumbre, Clemenceau se levanta de tres a cuatro de la mañana. Trabaja hasta la hora del desayuno. Almuerza luego abundantemente; por la tarde da largos paseos. Algunos días va en automóvil a las Arenas de Olona, de compras. Una vendedora, llamada Matilde, le reserva sus mejores langostinos..., pero más caros que a los demás, a juicio del ilustre político. Las vandeas le rodean, y Clemenceau que aun conserva predilección por las chicas guapas, las besa gentilmente. «Eso sí, para tener el derecho de besar a las jóvenes, suelo empezar por una vieja.» Clemenceau tiene pocos amigos en la región. Precisamente son monárquicos y clericales los que viven en la vecindad de este republicano librepensador. La dueña de la casita que ocupa es una condesa, devota del altar y del trono. «Cuando me ve—refiere Clemenceau—me pregunta, afanosa, por mi salud. Si la digo que no me encuentro bien, no oculta su regocijo. Si me ve fuerte y contento se intranquiliza... La pobre aspira a vender al Estado esta finquita, como la última residencia de Clemenceau, y cree que se la pagarán bien.»

En medio de la Vandée, blanca y azul, en la paz de este Bocage de granito que le vio nacer, y desde cuyas cumbres se aperciben las torres de Nantes, las lucitas de la Rochela y de Ré, ha venido a buscar «un descanso bien merecido», que le permita cobrar bríos nuevos, el infatigable escritor y político, que aun pergeña a diario sus cuartillas y en quien la vejez parece, como la ancianidad de las Ordenes militares, no una carga, sino una dignidad.

Alvaro MIRANDA



«père la victoire», ha llegado a pedir que un Consejo de guerra juzgue al «père la victoire». Su constante admiración por Inglaterra y América, ¿de cuántas acu-

mo a su labor municipal en Montmartre, durante la Comuna, debió la primer acta a su labor de médico?—cumplía ochenta años. Un redactor del *Public Ledger*,

BULERÍAS



Pasa, rasgando el aire, la bulería...

Vibra el ritmo caliente de los bordones,
y hay en todo una negra gitanería
de no sé qué divinas supersticiones...

En el fino plisado de tu gorguera
traza el cuello de bronce su curvatura,
mientras el paso antiguo de la bolera
se quiebra en el anillo de tu cintura.

Un brillo de puñales fulge y recama
el torso, ensortijado de movimientos,
y es tu cuerpo, danzando, como una llama
que quema corazones y pensamientos...

Vibra el ritmo caliente de los bordones,
y matas con tu negra gitanería
de no sé qué divinas supersticiones!...

Pasa, rasgando el aire, la bulería...

A las rejas de oro de mi serrallo,
cruzando entre los filos de los puñales,
te llevaré en la grupa de mi caballo
bajo los bellos cielos meridionales...

Quiero verte en la noche soltarte el pelo
y dibujar un tango de maravilla
sobre regios mantones de terciopelo
regados de claveles y manzanilla.

En la sombra enarcado tu cuerpo moro
con la gracia flexible de las espadas,
mientras arden las finas chispas de oro
de tus verdes pupilas atormentadas...

Y cuando el sol naciente borre tus huellas
y apague los rubíes de tus anillos,
te ceñiré bruñidos aros de estrellas
en las perlas morenas de los tobillos...

¡Y una noche por tierras de Andalucía,
el alma desgarrada de sentimiento,
me matará la negra gitanería
de tus anchas ojeras de pensamiento!...

Y pasará, llorando, la bulería...

Pedro IGLESIAS CABALLERO

CASCABELINA



Y EL LOBO

ERASE un rey que se quedó viudo, con una hija tan linda, tan simpática y tan risueña, que la llamaba Cascabelina.

Cascabelina tenía una dama de honor antipática, orgullosa y severa, que se llamaba doña Filomena de Altaalcurnia.

Y la dama de Altaalcurnia tenía un hijo, que era un dechado de horrores: bizco, pelirrojo, chato, desdentado, tripudo, malhumorado, estúpido y cruel; esta alhaja se llamaba Cucufate.

Cuando la princesita cumplió los quince años, su padre hizo pintar su retrato y, según la costumbre de la época, lo envió sucesivamente a todas las cortes extranjeras. En la corte de un emperador, el príncipe Belamor, hijo del monarca, se prendó de tal manera del original de tan maravillosa pintura, que, acto seguido, se puso en camino, con numeroso séquito, para pedir su mano.

Belamor fué recibido con todos los honores debidos a su rango, a la importancia del trono de su señor padre y a sus propios ritos de hermosura, simpatía, valor y nobleza. El rey acogió su petición con singular entusiasmo, y organizó para la misma noche un gran baile, en el que Belamor había de conocer a su futura y declarar su pasión.

Pero mientras todo en el palacio era alegría, animación y preparativos de fiesta, la dama de Altaalcurnia se mordía los puños de rabia; y es que, en su denodada ambición, había llegado al extremo de concebir un proyecto extravagante: obtener para su monstruoso hijo la mano de la linda princesita.

—Hijo mío — le decía a Cucufate —, tú vales mil veces más que ese fatuo de Belamor; a ti te corresponde, sin duda alguna, ocupar el trono del rey. No te apures: tu madre sabrá arreglárselas para deshacer la boda que se prepara y casarte a ti con Cascabelina.

Después de mucho pensarlo, doña Filomena resolvió esconder todos los vestidos de seda, todos los zapatitos de raso y todas las alhajas de la princesa; y cuando llegó la hora de aprestarse para el baile, la pobrecilla encontró sus armarios vacíos y tuvo que presentarse en el salón con un vestido de percal y unas alpargatas de lona que le prestó una de sus doncellas. Y aunque Cascabelina no era coqueta ni presumida, no pudo menos de ahogar un suspiro y verter una lágrima al aparecer tan pobremente ataviada.

Pero, ¡oh, maravilla! así y todo estaba tan mona y graciosa, que a Belamor le faltó tiempo para precipitarse a sus pies y hacerle una rendida e inflamada declaración.

Con tan buen principio, el baile resultó brillantísimo; el rigodón, dirigido por Belamor y Cascabelina, salió bordado, y la boda quedó concertada para la semana siguiente.

Al despuntar el alba, una mujer salió del palacio misteriosamente, envuelta en negros velos. Era la dama de Altaalcurnia, a la que la rabia y el despecho habían tenido en vela; iba a visitar a su amiga la bruja de las Rocas, madrina de Cucufate, y a pedirle apoyo para sus tenebrosos proyectos.

La bruja vivía en una gruta de la montaña, rodeada de murciélagos y lechuzas, que eran sus compañeros predilectos. Acogió a doña Filomena con la escasa amabilidad de que era capaz, y

animal se metió en una gruta; el príncipe entró seguidamente y quedó atónito. El jabalí había desaparecido: en su lugar había una vieja desdentada, rodeada de murciélagos y de lechuzas y que le miraba con sonrisa satánica.

—Soy la bruja de las Rocas—dijo—, y por mi poder, lobo serás.

Y sin que el príncipe pudiera hacer un gesto, sopló tres veces y el desdichado Belamor, convertido en lobo, huyó por el bosque lanzando aullidos desesperados.

En palacio todo era pena y desencan-

cas, avisada por su amiga; con una varita negra trazó en torno a la princesita dormida un círculo mágico y sopló tres veces. Y he aquí que la piedra se eleva, se eleva, y en torno a ella se eleva también un muro circular sin puertas ni ventanás.

Cuando Cascabelina se despertó, ¿cuál no sería su espanto al hallarse sobre una plataforma, en lo alto de una altísima torre redonda?

Lanzó un grito de horror, al que contestó una carcajada burlona, e inclinándose, vió al pie de la torre a la dama de Altaalcurnia con la bruja de las Rocas y el odioso Cucufate, vestido de oro y coronado de pedrería, con lo cual resultaba más bizco y más tripudo que nunca.

—Princesa Cascabelina — dijo la bruja —, tengo el gusto de anunciarte que nunca volverás a ver al príncipe Belamor.

—Princesa Cascabelina — dijo a su vez la dama de Altaalcurnia —, tengo el honor de pedir tu mano para mi hijo Cucufate, aquí presente.

—Princesa Cascabelina — tartamudeó el horrible Cucufate —, supongo que no vacilarás en aceptarme por esposo.

—Yo no quiero casarme con ese coco — gritó la pobrecita —. ¡Yo quiero bajarme de aquí!

—Pues ahí permanecerás hasta que te mueras de hambre o me llames para celebrar tu boda con Cucufate de Altaalcurnia, mi ahijado — declaró la bruja.

Y los tres desaparecieron, como tragados por la tierra.

Cascabelina quedó sola, llorando más amargamente que nunca, por la desaparición de su amado Belamor y por su propia desdicha. De pronto, oyó una voz grave y sonora, que decía:

—¿Qué te ocurre, princesita?

Ella miró a todos lados y no vió a nadie.

—Soy el pino que está junto a tu torre — prosiguió la voz —. ¿No me reconoces? Soy súbdito de tu madrina el hada de los Arboles, a quien me parece que tienes muy olvidada.

—Pino, mi buen pino — exclamó la niña, sonriendo a través de sus lágrimas —, ve corriendo a avisar a mi madrina de la tristísima situación en que me encuentro!

—Me es imposible moverme de aquí — contestó el pino —; pero le mandaré un recado.

Dijo unas palabras al oído al viento, que pasaba precisamente por allí en aquel momento; el viento asintió y se alejó volando.

A los dos segundos aparecía el hada de los Arboles en carroza de follaje verde y reluciente, y con sus hermosos cabellos más dorados que las hojas en otoño.

Después de abrazar cariñosamente a su ahijada, a quien quería mucho, bastó con que alzase su varita, para que la torre fuese bajando, bajando, hasta que



prometió su ayuda, con verdadera alegría, porque siempre se alegraba de tener una ocasión de hacer el mal, fuese a quien fuese.

Al otro día se organizó en palacio una gran cacería. Cascabelina estaba adorable con su amazona de terciopelo verde; Belamor estaba gallardo y fiero con su chambergo empenachado; el rey, encantado; toda la corte, satisfecha, y el tiempo, espléndido.

Al mediodía todo el mundo se apeó, a la entrada de un bosque, para almorzar y descansar. De pronto, Belamor vió entre dos zarzas un jabalí que le miraba fijamente; sin avisar a nadie, no escuchando más que su valor, el príncipe se puso en pie, empuñó su cuchillo de caza y acometió a la fiera; el jabalí echó a correr; Belamor corrió detrás. Después de una hora de carrera desenfrenada, de pronto, al llegar al pie de la montaña, el

lo. Desde aquella fatal partida de caza, en que el prometido de su alteza había desaparecido, el rey estaba fastidiado, la corte, desconcertada, y la princesa lloraba día y noche. Solamente la dama de Altaalcurnia, en sus habitaciones, se frotaba las manos con satisfacción y meditaba alegremente, en unión de su horrible retoño, acerca del mejor medio de rematar su obra.

Un día doña Filomena se acercó a la desconsolada princesita y, después de hacerle toda suerte de zalemas y de mimos, le aconsejó que se fuera a dar un paseo por el bosque para aliviar su pena. Cascabelina se apresuró a seguir tan pérfido consejo.

Anduvo un momento, llorando; luego, llorando siempre, se sentó sobre una piedra, al pie de un árbol, y llorando, se quedó dormida.

Al punto apareció la bruja de las Ro-

los muros desaparecieron y la princesa se halló de nuevo en la tierra firme.

—Ahora, monina—dijo el hada—, ya sé tan bien como tú lo que deseas. Pero mi poder es limitado por el de mi enemiga, la bruja de las Rocas. Sólo puedo aconsejarte que permanezcas aquí, por ahora, y no te asustes de nada.

Cascabelina volvió a encontrarse sola; ya era de noche; pero recordando el consejo de su madrina, se esforzaba en no tener miedo; de pronto, vió entre los árboles dos lucecitas rojas: eran los ojos de un lobo enorme; a pesar de todo, Cas-

cabelina sintió que sus bucles se le erizaban; pero no se movió. El lobo se acercó y se tumbó a sus pies, con actitud cariñosa y sumisa. Cascabelina estaba asombrada.

—¡Qué buenos se han vuelto los lobos desde aquello que le ocurrió a Capercita!—pensaba.

Acarició al lobo, y el animal movió la cola con alegría. Entonces Cascabelina se inclinó y dió un beso al compañero que la suerte le deparaba. Al punto el lobo dió un brinco y la princesa vió ante sí a Belamor, que le sonreía arrodillado.

¡Qué alegría en el palacio al verlos llegar sanos y salvos! Cascabelina contó su historia; el príncipe contó la suya; el rey, furioso, ordenó que llevasen ante él a la traidora dama de honor y a su hijo.

Como eran tan cobardes como malos, entraron temblando y cabizbajos; no les llegaba la camisa al cuerpo. En el momento en que, ante toda la corte reunida, el rey preguntaba qué castigo convenía infligirles, el techo se abrió y el hada de los Árboles apareció en su carroza de follaje verde.

—El castigo más justo—declaró—es el de hacer que sean lo que corresponde a sus almas y sus sentimientos.

Y convirtió a doña Filomena de Alta, alcuernia en lechuza, y a su hijo en murciélago, y las mandó que fueran a hacer compañía a su digna amiga y madrina la bruja de las Rocas.

La boda se celebró con un fausto inaudito, y ya, entre su padre, su corte, su marido y sus hijos, Cascabelina vivió y reinó largos años más alegre que un cascabel.

Magda DONATO

EL REBAÑO

Ante la luz de mis cansados ojos, lentamente desfila, en apretada fila, con altas picas y pendones rojos, la ruda muchedumbre de lanceros y, detrás de las grupas palpitantes, las pesadas bombardas resonantes seguidas de ocho mil arcabuceros.

Así, tras de Padilla, cruzamos las llanuras que en Castilla, aun por abril, bajo los fríos, blancas, se tienden desde el campo de Simancas hasta tierra de Toro, a donde íbamos en busca de sus muros, a cuya sombra, de esperanzas llenos, pensábamos luchar, al fin, seguros.

Era un amanecer triste y lluvioso, en el que el suelo, por la espesa lluvia, encharcado y fangoso, atascaba el rodar de los cañones; oscuro amanecer que no ponía, como otras veces, al romper del día, ni el más leve arrebol en los pendones.

Iba don Juan, el héroe de Toledo, un poco cabizbajo entre su gente, no porque fuese a sucumbir al miedo, sino, tal vez, porque su noble frente pensaba con vergüenza en los traidores que así le abandonaban cuando era más fuerte el crepitar de la ancha hoguera, más rojos sus siniestros resplandores.

Que allí Pedro Girón y Acuña, dándole mil disculpas, ninguna razonada, le negaron la ayuda de sus huestes y con ella el apoyo de su espada.

Era un amanecer, como os decía, sin un rayo de luz, que, encapotado, el cielo por Oriente aparecía, tras del negro turbión, todo cerrado.

Ni una voz, ni un aliento; sólo el ruido de la gente que, en fila, sobre el barro caminaba ceñuda y el chasquido de una tralla que, a veces, en los baches, azuzaba los tiros de algún carro.

Seis horas ya que habíamos salido de Torrelobatón, cuando a lo lejos percibimos, bien claros, los reflejos de una trémula llama, luz que, amiga—señal que anteriormente fué acordada—, prometiéndonos dar mesa y posada, a apretar más el paso nos obliga.

Era aquél Villalar, pueblo que hubiera recibido, tal vez, nuestra bandera con acordes triunfales, si al abismo no la arrojan, cobardes, los traidores sin más fe que la voz de su egoísmo.

¡Villalar! ¡Villalar!, gritan las gentes, con tan ronco clamor, que, por el hueco dilatado y oscuro del lejano confín, retumba el eco.

Mas cuando ya las frentes, ante el puerto feliz, tórnanse altivas, surgiendo repentino

Una ráfaga de alto y puro españolismo ha venido a orear nuestra escena con el estreno de *El rebaño*, el bello y hondo drama de Fernando López Martín. Palpitan en la obra todos los bríos de la vieja Castilla, y sus rotundos versos suenan como ecos que levantara el yunque en que se ha ido templando el alma de la raza.

Como brillante muestra de la castiza y recia forma de esta creación teatral—blasón de artista y blasón de español para su autor ilustre—, estampamos aquí el magnífico relato en que uno de los personajes—Juan Lorenzo—pinta la triste rota de Villalar. Nada más gráfico, más severamente entonado, más henchido de noble reciedumbre castellana que esta admirable página poética.

—sólo aquí la traición pudo decirles en la noche sin luz tales caminos—, más de tres mil jinetes imperiales se nos entran de pronto, cual las vivas alas de un huracán, por nuestra espalda, blandiendo, más que indómitos, feroces, en las sangrientas manos, las seguras espadas, cual las hoces flamea el labrador por los veranos.

Quisimos resistir, pero fué inútil; que el agua y el turbión, si nos volvíamos, al par que como un velo nos cegaban, dejándonos de pronto sin aliento, por la boca, al gritar, se nos entraban.

Solamente Padilla, puesto en alto sobre el firme sostén de sus estribos, con voz que el ronco viento repetía, ¡Por Santiago y España!, le decía a la turba espantada, que corría sin querer dar el pecho en el asalto.

No fueron, no, leones; sólo fueron ovejas de un rebaño, desmandadas, los míseros villanos que cayeron sobre aquellas llanuras encharcadas.

Que allí, todos revueltos—¡oh, vergüenza!—en loca confusión; todos gritando; lanzas, yelmos, espadas y armaduras, como inútiles prendas, sobre el suelo, por salvarse, al correr, iban tirando.

Y para más dolor, luego se supo que, al comenzar la lid, un tal Saldaña, artillero mayor de nuestras piezas, las atascó en el cieno hasta los ejes, huyendo a Villalar tras de su hazaña donde acaso de Inigo, al otro día, la cuenta de su infamia cobraría.

Padilla al fin cayó; le vi marchando, aún ceñido a la cinta el fuerte acero y en su yegua alazana cabalgando, de un tropel de soldados prisionero.

Fué en el instante mismo en que tenía, ya sin vida, a mis pies a vuestro hijo.

y en que, en santa oración, sobre él ponía la ancha cruz de mi espada, tinta en sangre, por no haber allí, a mano, un crucifijo.

¡Villalar! ¡Villalar! ¡Qué triste gloria nos legaste al caer! Si andando el tiempo, recuerdan, doloridos, tu memoria, delante de sus hijos, los villanos, para ocultar, humildes, su vergüenza, llorarán con la frente entre las manos.

Y era alta noche ya cuando, escondido, tomé, bajo las sombras, el partido de entrarme en Villalar, donde segura manera pude hallar por este traje de cambiar, sin peligro, mi armadura.

Y era también al despertar la aurora —la tremenda visión de aquella hora me llena todavía de amargura— cuando al dejar los altos arrabales, ya camino de aquí, llegó a mi oído sordo rumor de roncós atabales, y, después de tan lúgubre sonido, un pregón infamante que decía:

«Por traidores al rey, hoy es el día en que darán al tajo la cabeza tres malos caballeros que su escudo mancharon, sin rubor, con su vileza.»

Corrí veloz al campo del suplicio, y allí, junto al verdugo, en un tablado, sin temor aguardando el sacrificio, tras mis lágrimas, vi, de pie, a Padilla, a Bravo cerca de él, y a Maldonado doblada ya ante el tajo la rodilla, y miránolos dar con noble orgullo la cerviz a la muerte, en un estrado, de flotantes banderas y de un rico docel empavesado, a Inigo el Condestable, a quien rendía, con plumajes de gala en los crestones, un grupo de orgullosos infanzones, obligada y severa pleitesía.

Murieron, sí, los tres; murió Padilla, y al rodar por el suelo su cabeza, toda la ancha llanura de Castilla se cubrió con un velo de tristeza. Y rompiendo ya el sol, bajo este traje, salí de Villalar, solo al destino, sin confianza en la ayuda de los hombres, confiando en la estrella de mi sino.

(Poniéndose en pie y mostrando, al abrir del todo su amplia capa, la cruz roja de los comuneros, que lleva prendida sobre su corazón.)

Si vencido me véis, no estoy domado; pues si todos a tierra, desprendida, la dejaron caer para salvarse, como debe a su honor un buen soldado, yo, aún, aquí nuestra cruz llevo prendida; cual la sangre cuajada de una herida que estuviese aún abierta en mi costado.

Fernando LOPEZ MARTIN

ESQUILO, CUPLERO

MEDALLA EXÓTICA

No se puede ir a los teatros de variedades: yo voy a ellos casi todas las noches; pero comprendo que no se puede ir. Es como el aficionado al vino, que, sabiendo que la bebida le cae mal, bebe hasta caerse.

¿Por qué no se puede ir a los teatros de variedades? ¿Es que los programas son malos? Todo lo contrario: nunca ha habido tal abundancia de artistas buenas, guapas y bien vestidas. ¿Es que los locales son incómodos? No; porque como casi todos son nuevos, tienen el indudable encanto de la comodidad y del buen gusto. ¿Tal vez el público resulta poco escogido? De algún tiempo a esta parte las salas de los teatros de variedades recuerdan, por lo selecto de la concurrencia en damas y galanes, las reuniones de la difunta marquesa de Squilache.

Entonces... A los teatros de variedades no se puede ir por culpa del repertorio que se ha puesto de moda entre las más insignes de nuestras estrellas.

Ese repertorio, abandonando el tono frívolo y picante que fué siempre la característica del género, es sencillamente el repertorio de Esquilo, Sófocles y Eurípides, es decir, el trágico. Si esos tres reyes del trimestre en la antigüedad levantarán la cabeza, tendrían ahora sus ingresos más saneados en el pequeño derecho.

Hace algunos meses, ocurriósele a una cupletista insigne, acaso la más insignia de todas, estrenar un cuplé que se llamaba nada menos que «El ahorcado»; el lector lo recordará perfectamente: se trataba de una señora a la que le condenaban a muerte al objeto de su amor, y la infeliz iba describiendo todo lo que pasaba, sin omitir el despertar del reo en la capilla, los redobles del tambor mientras se alzaba la horca, y los gestos de la víctima cuando, ya con la cuerda al cuello, pasaba al otro mundo entre guiños horribles.

La cosa tuvo un éxito tan formidable que el teatro donde la ejecución tenía lugar sentía bambolearse sus paredes todas las noches al impulso de las ovaciones; bien es verdad que la artista decía y accionaba todas aquellas atrocidades de un modo tan perfecto que llegaba a tocar las cumbres de lo trágico.

Las señoras del público acudían provistas de unos frasquitos de antiespasmódico, y había alguna que antes de ir al teatro llamaba a su notario y hacía testamento, pues decía que no le parecía prudente asistir a un acto tan serio como la muerte de un hombre sin haber tomado antes todas las precauciones. En el fondo, la mayoría de ellas estaban encantadas; sin duda se hacían la ilusión de que el sujeto a quien ahorcaban en el cuplé era algún conocido suyo. Porque ¿qué mujer habrá en el mundo, por santa que sea, que no tenga en su vida algún hombre al que quisiera ver ahorcado?

Pero un gran éxito es siempre un gran peligro: es una puerta abierta al caos inmenso de la imitación. Desde aquello, los escenarios de variedades se han ido llenando de cosas espeluznantes, y aquel granito de mostaza que era antes el cuplé—mostaza perfumada—, se ha convertido en una bola de cera negruzca, que parece caída de un cirio en una pieza del Gran Guñol.

Nuestras artistas, cuyos pies beso desde aquí, se han dedicado a cultivar lo espantoso, con un furor que tiene asustadas a sus propias madres. ¡Que ya es! Hay que convenir en que, después de todo, son lógicas. Pues ¿qué razón hay para que «El ahorcado» haya sido un éxito, y no lo sea también, por ejemplo, un cuplé titulado «La autopsia».

El lector se figurará la escena: el cuerpo del sér amado tendido sobre el mármol frío de la mesa de disección; las carnes abiertas, que dejan ver el corazón y las entrañas. ¡El corazón! Una pochez: poquito partido que podría sacarse de eso... Y luego, cuando el público todo fuera una pura congónja, terminar con la frase grande que las resume todas:

«Porque ese cuerpo de hurí lo ha rasgado el bisturí.»

Tampoco sería una vaciedad el cuplé de «La trepanación». El campo a espiar es infinito: «La apendicitis», «El lumbago», etc., etc.

Yo, sin embargo, declaro mis preferencias por aquellas canciones jocundas del repertorio antiguo, en las cuales, si alguna vez se aludía al hospital de San Carlos, era siempre bajo una forma amena e hilarante.

Por ejemplo, aquello de

«Rosalia, Rosalia,
cúrate esa pleuresía.»

O aquello otro de

«Trevijano, Trevijano,
tú no llegas al verano.»

Pero hay que rendirse a la evidencia: las corrientes no van por allí. Verán ustedes como no pasa el invierno sin que en algún teatro del género se organicen unos martes quirúrgicos a beneficio del hospital de Incurables. La sombra de Esquilo ocupará una butaca de principal, pero teniendo a su lado al compañero Galeno.

Y ahora, lector, perdona que te deje y ponga fin a esta charla.

Tengo que comer de prisa, porque no quiero llegar tarde al teatro Majestic, donde se anuncia para esta noche el estreno de un cuplé nuevo titulado «La transfusión de sangre».

Creo que es un asombro de verismo. Lo canta un dueto, naturalmente.

Joaquín BELDA

Anverso.

CHARLES Chaplin, familiarmente Charlie—Carlitos—, para sus hermanos los ingleses y sus primos los yanquis; Charlot para nosotros, ha estado a punto de *diñarla* como Lentejica, a consecuencia de un obsequio.

Alas de la película se le ocurrió en mal hora hacer una visita a su país natal, tras largos años de ausencia. Y digo en mal hora, porque el hombre Charles, Charlie o Charlot se ha visto precisado a salir de estampía de Londres, abrumado por la apoteosis.

Ni el homenaje a los héroes de la victoria llegó con mucho a las formidables proporciones que el rendido a este otro héroe del bigotito, el junquito y los zapatonos.

Una legión de periodistas, diez legiones de fotógrafos, cuarenta legiones de admiradores y admiradoras entusiasmadas, frenéticos, no le han dejado de la mano durante su corta permanencia en la capital del Reino Unido.

Intervius, instantáneas, cartas, telegramas, flores, hasta besos de *misses* y *ladies* le han ungido y consagrado como una gloria nacional, como la gloria más nacional, que diría un conde de las Navas de por allá.

A Carlitos, que emigró de Inglaterra a los ocho o nueve años y ya no se acordaba de la escuela a que había ido ni de si había ido a la escuela siquiera, le salieron en todas partes condiscípulos, camaradas, amigos íntimos, profetas que ya le adivinaron el genio, el triunfo, la popularidad.

—¿No te acuerdas, Charlie?

Y Charlie contesta:

—Sí, hombre; sí. ¿Cómo te llamas?

La muchedumbre le seguía y le aclamaba... ¿No se les ocurriría llevarle en hombros? Verle, sólo verle, era un consuelo. Hablarle, una ilusión. Sacarle un retrato, ¡oh!, eso un ideal.

Todo Londres ha estado pendiente del hombre genial del bigotito, el junquito y los zapatonos.

«Tenemos a Charlie—decía sarcásticamente un periódico serio—. La cuestión de Irlanda puede esperar.»

¿Vamos nosotros a comparar esto con nuestra idolatría taurina?

Que te crees tú eso, Charlot.

Reverso.

El año pasado llegó a Londres un tal Mister Jhon, procedente de Norte América, con la sana intención de predicar la abstención de las bebidas alcohólicas.

En cuanto cundió la noticia, los *gentlemen* húmedos, que predominan con una aplastante mayoría sobre los *gentlemen* secos, se apercibieron a darle lo suyo al apóstol del agua.

Para empezar, le pusieron un mote, Pussyfoot, que literalmente quiere decir: «Pata de gato». ¿Es que Mister Jhon se lavaba con la saliva?

Bueno. Pues Pussyfoot convocó a un *meeting* de propaganda y exposición de su apostolado antialcohólico, al que se consagraba desinteresadamente, habiéndose costado los gastos de viaje y la estancia y pagado el alquiler del local. Esto es lo que se llama amor al arte... apostólico.

¡La que se armó en el *meeting*! No le dejaron hablar, le abuchearon, le tomaron el pelo, le expulsaron violentamente, y, una vez en la calle, los estudiantes (¡los estudiantes!), organizadores del *rag* (algo así como una cencerrada) le pasearon por las calles subido en un camión, al lado de un tonel, y le hicieron beber; y uno de la comitiva le disparó una cáscara de huevo rellena de harina, vaciándole un ojo.

La procesión duró tres horas, a ciencia y paciencia de la Policía, que no hizo detención alguna.

El pobre Pussyfoot se quedó tuerto y se volvió por donde había venido, sin reclamar contra nadie, acaso por temor de que le saltaran el otro ojo.

¿Vamos a comparar esto con la bronca de la otra tarde en la plaza de toros?

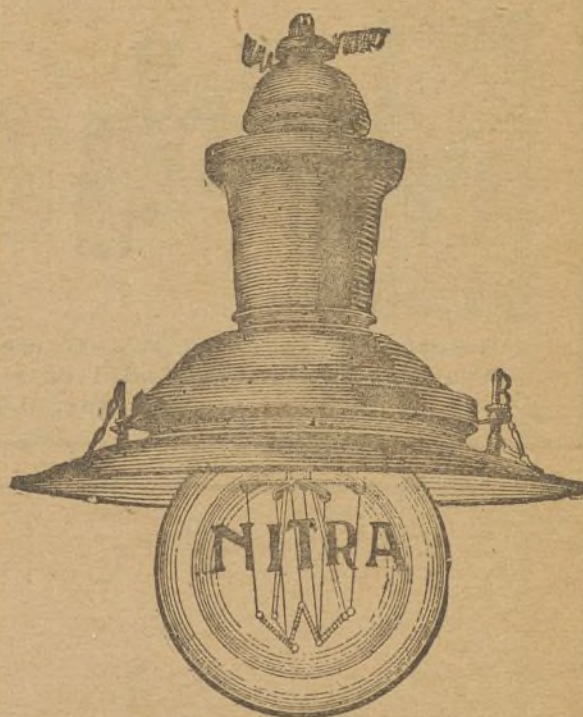
Ya, *pa qué*, Pussyfoot.

Inscripción o exergo.

«Viva Charlie! ¡Ahueca, Pussyfoot! ¡A ver, casa, que me traigan un *whisky*!»

GIL IMON

LAMPARA NITRA A. E. G.



Consumo 1,2 vatio.

Luz blanquísima. - Preferida a todas sus similares.

Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.

MADRID { Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Plaza de las Cortes, 2.

CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

-- De venta en todas las farmacias y droguerías. -- Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos --

LA
MÁQUINA
PARA ESCRIBIR

ROYAL

Es la preferida en todos los Centros oficiales y grandes Casas de comercio y banca, Empresas periodísticas y Compañías : de ferrocarriles :

60.000 máquinas
en uso en toda España

Concesionarios exclusivos
para España y Colonias:

TRUST MECANOGRÁFICO

MADRID: Montera, 29. * BARCELONA: Pelayo, 62.
VALENCIA: Paz, 17. * SEVILLA: Rioja, 14.
BILBAO: Escruza, 6.

CARLOS COPPEL



FABRICA DE RELOJES
FUENCARRAL 27 MADRID

Único depósito de los relojes de precisión.MZA.
Exposición permanente de relojes de pared y sobremesa.

CERTIFICADO DE GARANTIA
CON CADA RELOJ

A PLAZOS Y CONTADO



Relojes de todas clases.-Gemelos prismáticos.-Cámaras fotográficas.
Aparatos parlantes.-Pedid catálogos a BERGARA y COMPAÑIA.-Idia-
quez, 6.-San Sebastián.

PERFUMES MARYA

Compañía Americana de Perfumería Higiénica.

CUTISÁN.—Crema sin grasas. Indispensable para masaje facial. Evita granos, puntos, arrugas.
POLVOS CUTISÁN.—Adherentes, hermoseadores, higiénicos.
CRÈME ROYALINE.—Embellecedor instantáneo. El mejor fijador de polvos.
OXILON.—Agua oxigenada en polvo.

Perfumes modernos: SALOME.—REBECA.—DALILA.—OFELIA.—WALKIRIA.
Colonias Florida y Ambarina, Elixir, etc.

Dirección general: Muntaner, 10, bajos y entresuelo.-Barcelona



Manuel López

FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 Ayala, 60

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. -Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

